

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

LII

CICLO DE CONFERENCIAS

2020

**AÑO GALDOSIANO,
MADRILEÑO Y NOVELESCO**



INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
C. S. I. C.

Créditos:
INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas
Corresponde al autor de la conferencia

Imagen de cubierta.
Benito Pérez Galdós, circa 1863

©2020 Instituto de Estudios Madrileños
©2020 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-940491-6-3
Depósito Legal – 25244-2020
Diseño Gráfico: Francisco Martínez Canales
Impresión: Service Point
Impreso en España

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Introducción</i>	
M ^a Teresa FERNÁNDEZ TALAYA.....	9
<i>Galdós Periodista</i>	
Pedro MONTOLIÚ CAMPS.....	13
<i>Galdós en su periodismo de viajes</i>	
Leonardo ROMERO TOVAR.....	41
<i>Lo municipal en la obra de Galdós</i>	
Carmen CAYETANO MARTÍN.....	59
<i>Galdós: fuentes de su proceso de madrileñización</i>	
Eduardo HUERTAS VÁZQUEZ.....	77
<i>Un microcosmos: el Madrid galdosiano de Fortunata y Jacinta</i>	
Pedro CARRERO ERAS.....	115
<i>Benito Pérez Galdós político</i>	
M ^a Teresa FERNÁNDEZ TALAYA	139
<i>D. Benito Pérez Galdós, vecino y cronista de Madrid</i>	
Luis Miguel APARISI LAPORTA.....	171
<i>Galdós, lector entusiasta de Cervantes: notas sobre su biblioteca y sus primeras referencias cervantinas en La Nación</i>	
José Manuel LUCÍA MEJÍAS.....	199

SHOEMAKER, William H. *Las cartas desconocidas de Galdós en “La Prensa” de Buenos Aires*. Instituto de Cultura Hispánica de Madrid y Cabildo Insular de Gran Canaria, 1973.

Los artículos de Galdós en ‘La Nación’ 1865-1866 y 1868. Editorial Ínsula, 1972.

UTT Roger L. *El periodismo de Galdós en Madrid y Las Novedades*. Anales galdosianos. Rassegna Iberística. 1984.

WOODBIDGE, Hensley C. *Galdós, journalist. Anales galdosianos*. Cabildo Insular de Gran Canaria. 1983.

GALDÓS EN SU PERIODISMO DE VIAJES¹

GALDÓS IN HIS TRAVEL JOURNALISM

Por Leonardo ROMERO TOBAR
*Miembro Numerario del Instituto de Estudios Madrileños
Catedrático de Literatura Española
de la Universidad de Zaragoza*

Conferencia pronunciada el 21 de enero de 2020
en la Sala de Conferencias del Patio de la Casa de la Villa

RESUMEN:

Desde los griegos las experiencias de los viajes han sido un tema tratado en todos los géneros literarios. Galdós dedicó a este asunto, a partir de su experiencia de viajero, numerosos artículos y páginas de recuerdos. Lugares diversos de España y Europa (Paris y Roma de modo especial) son revividos por él en textos abundantes. La sinceridad de su discurso y la intervención de su “memoria” como un segundo personaje son los rasgos más característicos de estos textos.

ABSTRACT:

From greek writers the travel experience is a important topic in Literatura.- Galdós cultivate widelly this topic in newspaper articles and in his Memories. Many places of Spain and Europe -Paris and Roma specially- are the matter of his texts. His sincerity and the intervention of his “memory” as other person are the characteristics of his travel literature.

PALABRAS CLAVE: Viajes, Galdós, Artículos periodísticos, Lugares de España y Europa, Sinceridad, Desdoblamiento del narrador en su “memoria”.

¹.- Los textos de Galdós que se citan en estas paginas proceden del volumen VI de sus *Obras Completas* (edición de Federico Carlos Sainz de Robles), Madrid, ed. Aguilar, 1963 AL texto citado sigue la referencia bibliográfica con las signaturas OC (*Obras Completas*), el número de página y la columna (a/b) de donde está tomada la cita. Los textos de Galdós que no están incluidos en ese volumen van citados expresamente en nota a pie de página.

KEY WORDS: Travels, Galdós, Newspaper articles, Places of Spain and Europe, Sincerity, Memory as other Galdós.

Desde la más remota Antigüedad muchos viajes han sido recogidos en textos marcados por notas del arte literario tanto si recogían experiencias vividas por seres reales como si eran invención imaginada por los escritores. Ya en la literatura griega encontramos tres tipos de relatos de viajes: los que corresponden a hechos realmente sucedidos (piénsese en la Anábasis de Jenofonte), a movimientos geográficos imaginados por sus autores (la épica expuesta en la Odisea) y a desplazamientos totalmente imaginarios e imposibles de realidad (como los Diálogos de Luciano). Variedad argumental que se solapa con el polimorfismo aportado por la construcción lingüística en que se presentan (prosa, verso, diálogo, carta) y en los géneros literarios en el que han sido construidos: poema en verso, relato en prosa extenso o breve, diálogo dramático y, por supuesto en la literatura más moderna, las cartas y el artículo periodístico.

También desde la Antigüedad la polivalencia de las comunicaciones orales concedieron un notable espacio a los relatos de viajes ya se presentasen como una comunicación única e independiente o ya lo fuera como una serie de comunicados que se entrelazaban, variante esta última que es el precedente de las modernas entregas folletinescas. Por ejemplo, las imprescindibles y divertidas cartas que Juan Valera escribió en el curso de su viaje a Rusia (noviembre de 1856 hasta junio de 1857) y que su jefe en el Ministerio le iba publicando en La España constituyen un modelo del último tipo de variantes expositivas que he ido enumerando.

No es ningún descubrimiento de algo inédito el considerar a Galdós como una personalidad que mantuvo una actividad poliédrica en su vida, ya que a su dedicación familiar, a los incidentes amorosos y al ejercicio de la política, además de su fecunda actividad como escritor también se interesó en el cultivo de las Bellas Artes. Recuérdense sus dibujos y caricaturas como las del juvenil cuaderno titulado “Gran teatro de la Pescadería” (editado en 2001), su afición musical y ejecuciones pianísticas privadas (hizo crítica de óperas y corrigió algunas partituras), su atención técnica a edificios, esculturas y obras plásticas exhibidas en los muchos lugares que visitó y, por descontado queda, su pasión de lector y autor de los más variados textos literarios, de los que en las páginas que siguen sólo voy a considerar los que fue escribiendo y publicando sobre su experiencia viajera en el curso de sus muchos viajes por España, Europa y África, teniendo en cuenta, además, que algunos de esos textos aparecieron en las columnas de los periódicos en que trabajaba.

Ya en Las Palmas el joven Benito había manifestado en público su capacidad para escribir en las publicaciones periódicas locales (El Ómnibus, La Antorcha), pero será en Madrid – adonde llegó en septiembre de 1862- donde encontrará su primer ganapán colaborando en las páginas de revistas y diarios, un medio que no abandonó nunca y en el que ofrecía a sus lectores abundantes manifestaciones de sus experiencias personales y sus impresiones sobre los más variados aspectos de la vida colectiva. No se ha reunido aún la relación exhaustiva de sus escritos periodísticos -bastantes aparecidos sin firma- como ha recordado Pedro Montoliú en su conferencia dada en este ciclo del Instituto de Estudios Madrileños.

Entre estas colaboraciones destacaré en lo que sigue las que dedicó a exponer sus impresiones y vivencias de incansable viajero por toda España y muchos países de Europa. Estos textos documentan otra faceta muy sustantiva de la creación literaria de don Benito, aunque el galdosista y biógrafo Pedro Ortiz Armengol ha atenuado la dedicación del escritor a la literatura de viajes². Esta estimación cicatera posiblemente se deba a la ausencia de estudios monográficos sobre esta actividad del escritor, aunque muy recientemente Peter Bly ha sistematizado una cuidada información sobre los distintos recorridos y las motivaciones que movían a Galdós para sus viajes, entre las que es preciso contar con las circunstancias económicas ya que sus crónicas viajeras le eran bien retribuidas³

Don Benito no sólo viajó mucho sino que, además, estimaba que la experiencia de sus recorridos le proporcionaba conocimientos y satisfacción; “el placer de los placeres que se llama viaje” escribía, por ejemplo en un artículo impreso en La Prensa de Buenos Aires (16, IX, 1889), confesión a la que pueden añadirse juicios tan significativos como este de varios años más tarde:

El mayor gusto mío es viajar por España y ser huésped de las ciudades gloriosas revolviéndolas de punta a punta, y persiguiendo en ellas la intensa poesía histórica; recorrer después las villas y aldeas, los lugares desolados que fueron campo de sucesos memorables, ya verídicos, ya mentirosos; habitar entre la gente humilde, que es hoy reliquia preciosa de los pobladores de aquellas tierras y caseríos; ver de cerca los hombres y las piedras, y hablar con unos y otras, buscando en las fuentes que antes manaron en la vida hispánica los elementos de una nueva y esplendorosa corriente vital⁴.

² ORTIZ ARMENGOL, Pedro, Vida de Galdós, Barcelona, Crítica, 1996, p. 127.

³ BLY, Peter, Viajes y Crónicas. El caso de Galdós, Viajes del Orto, Universidad de Minnesota, Madrid, 2017, 96 pp.

⁴ PÉREZ GALDÓS, prólogo al libro de Emilio Bobadilla Viajando por España, Madrid, 1912, pp. V-VI.

Por supuesto que sus ricas impresiones personales habían estado precedidas de la información que el escritor leía en guías turísticas como la Baedeker y en libros de viajeros acreditados además de las noticias que recogía en obras de autoridades en la materia (como Antonio Ponz en su Viaje de España (1772 a 1794), el Amador de los Ríos del Toledo pintoresco, (1845) y de los comentarios de sus compañeros en los recorridos que realizaban juntos. Los registros galdosianos de sus vivencias de viajes se pueden documentar en muchos de sus escritos, tanto los biográficos como los imaginados ya que muchos de sus relatos se sustentan en esa experiencia aunque el novelista la traslada al universo de sus personajes de ficción como ocurre, por ejemplo, en el “Episodio Nacional” La vuelta al mundo en la Numancia (1906) o la conmoción íntima experimentada por Juanito y Jacinta al pasar en tren por el desfiladero de Pancorbo durante su “Viaje de novios” (capítulo V de la Primera Parte en Fortunata y Jacinta). De los viajes reales vividos por él habla brevemente en sus cartas y, fundamentalmente en las series de artículos periodísticos que seguidamente se comentan.

Con todo, en las páginas específicas de recuerdos biográficos como son sus Memorias de un desmemoriado aparecidas en La Esfera entre marzo y noviembre de 1916, Galdós evocó alguno de sus viajes por lo que su lectura es un complemento a las otras colaboraciones periodísticas dedicadas a sus relaciones de viajes. Estos textos memorialísticos fueron dictados por el propio escritor ya que su vista en esas fechas flaqueaba.

Las Memorias de un desmemoriado constan de 15 capítulos en los que su autor cuenta desde “Mi llegada a la Corte” (capítulo primero) hasta el número 15 que concluye la evocación de estos recuerdos. En el arranque del primer capítulo Galdós construye un diálogo en el que juega con “un amigo” que es él mismo ofreciendo el muy moderno procedimiento narrativo del desdoblamiento de la personalidad de un individuo y del que hizo uso muy eficaz en muchos relatos⁵:

Un amigo mío con quien me unen vínculos sempiternos ha dado en la flor de amenizar su ancianidad cultivando el huerto frondoso de sus recuerdos; mas en esta labor no le ayuda con la debida continuidad su memoria, que a las veces ilumina con vivísimo esplendor los días pasados y luego se eclipsa y los deja sumergidos en noche tenebrosa. Estas intermitencias del historial retrospectivo de mi amigo le turban y desconciertan. Escrita la primera parte de sus apuntes biográficos, no ha muchos días la puso en mis manos, pidiéndome que llenase yo las lagunas o paréntesis que hacen de su obra una mezcolanza informe, sin la debida trabazón lógica de los hechos que se refieren.- A tales escrúpulos respondí yo: Simplón, no temas dar a la publicidad los recuerdos que salgan luminosos de tu fatigado cerebro y abandona los que se queden agazapados en los senos del olvido.

⁵ Puede verse una reedición de las Memorias de un desmemoriado junto con una selección de “páginas de “Viajes por España y Europa” realizada por Germán Gullón y Jaime Alejandro bajo el título de Viajes de un desmemoriado (ediciones Evohe, 2012).

En estas Memorias y en algunas cartas fue dando noticias sobre sus viajes en España y a diversos lugares de Europa, como los varios que hizo a París a partir de 1867 cuando descubrió a Balzac y a Dickens⁶, a Inglaterra varias veces desde 1883, a los Países Bajos, a Alemania⁷, el Norte de Europa, a Portugal e Italia⁸.

RECOPILACIÓN DE SUS VIAJES EN PUBLICACIONES PERIÓDICAS

El primer viaje de don Benito, no está registrado en publicación periódica aunque pudiera haberlo sido pues el manuscrito de su relato consta de veintidós capítulos titulados, aunque sólo redactó los dos primeros. Este viaje se inició en Las Palmas el 9 de septiembre de 1862 cuando contaba 19 años y se dirigía a Santa Cruz de Tenerife para desde allí navegar a la Península y llegar a Madrid adonde su familia lo quería instalar por varios motivos. Los capítulos redactados se titulan “Una noche a bordo” y “Nueve horas en Santa Cruz de Tenerife” y el veintidós “¡Quién estuviera en Canarias!”. A las islas volvió en varias ocasiones a lo largo de su vida con la excepción de uno que tenía proyectado en 1868 con salida desde Alicante y que no realizó porque las noticias de lo que estaba ocurriendo en Madrid al inicio de la Revolución le motivaron a clausurar la navegación y dirigirse a la capital de España para seguir los acontecimientos en primera línea.

En el primer viaje marítimo de 1862 las emociones de las despedidas y la impresionante experiencia de un mar en movimiento son los asuntos centrales del texto como se confirma sus primeros párrafos del capítulo I:

El mar está hinchado, revuelto y tan inquieto como los que van a entregarse a él. Nuestro espíritu está lleno de abatimiento porque el despedirse para un largo viaje es lo más desabrido y fastidioso que puede imaginarse.. Parece que en nuestro pecho sentimos un cuerpo extraño que se ensancha impidiendo nuestra respiración. Una especie de manzana prohibida se atraviesa en nuestra garganta cortándonos la palabra. Así es que creemos decir el último adiós a un amigo y no hacemos más que temblar como un atacado del mal de S. Vito balbuciendo algunas palabras sin sentido mientras nuestra mano convulsa estrecha algo que no sabe si es mano o pie o guijarro⁹.

⁶ De su viaje parisino en 1900 sabemos por el testimonio de Enrique Gómez Carrillo que conoció en persona Catulle Mendès, Jean Moréas y Oscar Wilde (P. Ortiz Armengol, ob. cit, pp. 568-569).

⁷ En Frankfurt, en París y otros lugares coincidiría con Emilia Pardo Bazán y fueron los años 1888-1889 los que albergaron sus relaciones, de las que la escritora gallega dejó apuntes en su correspondencia. De los movimientos de Galdós en Alemania éste ofreció noticias como las que publicó en El Día (15 y 18 de diciembre de 1887) tituladas “Apuntes de viaje en Berlín” .

⁸ París fue la ciudad europea más frecuentada por nuestro autor y de sus visitas quedan noticias en la correspondencia y en algunos artículos como el titulado “Bellas Artes” aparecido en La Nación de diez de febrero de 1868. De la Exposición de 1889 también visitada por él, escribió cuatro cartas en La Prensa entre septiembre y octubre de 1889.

⁹ PÉREZ GALDÓS, Benito Nueve horas en Santa Cruz de Tenerife, edición de Alejandro Cioranescu y Alfonso de Armas Ayala, Santa Cruz de Tenerife, Litografía A. Romero, S. A., 1986., p. 29.

Desde su instalación en Madrid el inquieto escritor canario no para de moverse por la capital y sus cercanías para anotar lo que ve y lo que oye, impresiones que quedan recogidas en muchos de sus artículos periodísticos de los años sesenta como son los titulados “Crónica de la semana” que fue publicando en *La Nación* en 1865, 1866 y 1868¹⁰. De los lugares próximos a Madrid, Toledo es la ciudad que le atrae profundamente hasta el punto de convertirla en el escenario místico-simbólico de *Ángel Guerra* (1890). Su viaje toledano de 1866 generó la serie “Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo”, serie que se publicó en la *Revista de España* números 50 y 57 del año 1870 y que comienza describiendo la llegada del viajero a la estación de ferrocarril lo que le sirve para contraponer los avances de la técnica y la inmovilidad de las ciudades arcaicas:

Cuando se llega en ferrocarril a la que, por una tradición en cierto modo irrisoria, se llama todavía Ciudad Imperial, no cree el viajero encontrarse a las puertas de la antigua metrópoli española, ni aun a las de un pueblo clasificado por la administración moderna en la fastuosa categoría de las capitales de provincia (...). Al entrar por este sitio en la ciudad olvida el viajero que ha venido en el vehículo de los tiempos modernos. Su aspecto es el de los pueblos muertos.

En su recorrido por la ciudad del Tajo, como ha escrito Peter Bly (ob. cit., p. 25) “para reforzar más aun la analogía entre el viajar y el escribir, afirma Galdós que Toledo es “el mejor de los libros. Pero leer en ese libro es muy difícil”, si bien la abundante información que da sobre su estructura panorámica, sus iglesias y edificios civiles procede del libro de Amador de los Ríos de 1845. En este viaje Galdós acentúa la información histórica y artística sobre una ciudad que contempla como una superposición de las capas culturales y religiosas que se habían instalado sucesivamente en el lugar, de forma que las impresiones personales del viajero quedan muy atenuadas salvo en los recuerdos y citas de textos literarios que podían relacionarse con la ciudad¹¹.

¹⁰ William Shoemaker, Los artículos de Galdós en “La Nación” 1865-1866, 1868 recogidos, ordenados y dados nuevamente a luz con un estudio preliminar”, Ínsula, 1972

¹¹ La percepción de un espacio dominado por las explosiones de vivencias no racionales se explica como una “escena donde la imaginación se complace en colocar a los misántropos de la religión, el mágico prodigioso y el “condenado por desconfiado”. Evoca a La Celestina, cita varios fragmentos del romancero tradicional, a los personajes más notables que se habían sucedido en la Historia toledana se distancia de las “excentricidades” del Greco concluyendo con el elogio de las restauraciones efectuadas “por la presente generación, inteligente e inspirada por un recto patriotismo” (OC., 1617a).

Galdós fue por primera vez a Santander en el verano de 1871, momento en el que conoció personalmente a José María de Pereda que se presentó a visitarlo en la fonda de Atarazanas donde el canario estaba hospedado. Desde esas fechas los viajes y estancias santanderinas de don Benito fueron muy frecuentes, especialmente en los veranos hasta el punto de la adquisición en 1879 de la que habría de ser su morada más personalizada, la casa y finca de San Quintín. Varias novelas suyas tienen una ambientación que podría interpretarse como santanderina además de los otros artículos que dedicó a lugares y acontecimientos ocurridos en esas tierras¹². Y desde Santander emprendió en barco algunos de sus viajes europeos ya que para el viaje a Inglaterra de 1883 obtuvo el pasaporte en esta ciudad¹³.

Un periódico local, *El Aviso* de 31 de agosto de 1876, publicaba esta noticia: “El conocido novelista Sr. Pérez Galdós, que como saben nuestros lectores se encuentra de temporada en esta capital, se dispone a hacer, en unión del Sr. Pereda y de otras personas, en la próxima semana, una excursión a las montañas de Liébana y algunos otros puntos de la provincia y publicar después las impresiones de este viaje en una acreditada revista madrileña”. Efectivamente el diario del viaje fue apareciendo en los números 210 a 212 de *La Revista de España* en noviembre de 1876 hasta enero del 77¹⁴ y en *La Tertulia* de Santander entre noviembre de 1876 y enero del año siguiente. Estos textos se reeditaron en publicaciones periódicas hasta entrado el siglo XX (ver la edición citada en nota 13) y suponen un distanciamiento de la literatura de viajes de la que dice a Pereda en carta de 28-XI-1876 “que es insoportable cuando es enteramente descriptiva (...pues es) del género turista, género cursi, totalmente insulso”.

El recorrido de Galdós, Pereda y Andrés Crespo se dibujó desde su inicio en Santillana y su paso por Alfoz de Lloredo, Comillas, San Vicente de la Barquera, las Tinajas, San Pedro de las Vaderas, Panes (en Asturias), Las Gargantas, La Hermida, Potes, para regresar a Santander desde Cabezón de la Sal. La correspondencia cruzada entre Galdós y Pereda añade noticias sobre el trayecto de los amigos por estas tierras del Norte de España. La prosa del novelista en su escrito sobre este viaje sintetiza su capacidad descriptiva de lugares, naturaleza y tipos humanos a la que se añade su fina ironía en las pequeñas

¹² Ver Benito Madariaga de la Campa, *Antología de escritos galdosianos sobre Cantabria*, Santander, 2013

¹³ Benito Madariaga de la Campa ha sido el estudioso que más detenidamente ha informado sobre la vinculación de Galdós con Santander y las tierras cántabras. Véanse sus trabajos además del citado en nota anterior, los volúmenes Pérez Galdós. *Biografía santanderina* (Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1979, 457 pp.) y su edición anotada de las *Cuarenta leguas por Cantabria* (Santander, Ayuntamiento 1989, 92 pp).

¹⁴.- En carta a Pereda de 28 de noviembre de 1876 escribe Galdós que la primera entrega salía ese día en *La Revista de España*.

anécdotas que va incorporando. Las páginas dedicadas a Santillana adelantan los componentes que el lector irá encontrando en los entregas que siguen a la extensa descripción de la villa que permitió a Lafuente Ferrari sostener que Galdós fue el descubridor literario y prematuro de esta villa¹⁵. La antigüedad del lugar y su lejanía del camino real suscitan en el escritor un juicio negativo que irá desplegando en los tres capítulos dedicados a Santillana:

El viajero no ve Santillana sino cuando está en ella. Desde el momento en que sale la pierde de vista. No puede concebirse un pueblo más arrinconado, más distante de las ordinarias rutas de la vida comercial y activa. Todo lugar de mediana importancia sirve de paso a otros, y la calle Real de los pueblos más solitarios se ve casi diariamente recorrida por ruidosos vehículos que transportan viajeros, que los matan si es preciso, pero que al fin y al cabo los llevan. Por la calle central de Santillana no se va a ninguna parte más que a ella misma. Nadie podrá decir: “He visto a Santillana de paso”. Para verla es preciso visitarla. Los habitantes mejor situados de esa venerable villa muerta son las monjas.

La Colegiata y su claustro generan párrafos extensos con información histórica y artística y, por supuesto, las viejas viviendas producen descripciones metafóricas que, en el caso de la botica, abren una breve pincelada costumbrista: “En la puerta, varios jóvenes de la población entretienen las inacabables horas de Santillana, hablando de política, de los toros de Santander o de las menudas historias de la villa” (OC.1446a).

Desde Santillana los tres viajeros se dirigen a la zona occidental de Cantabria, donde visitan Alfoz de Lloredo, Comillas, San Vicente de la Barquera, las dos Tinas, Unquera donde el francés Blanchard ha montado un parador de estilo francés cuyas camas son imposibles, San Pedro de las Vaderas, Panes (entrados ya en Asturias), Las Gargantas y La Hermida, Cobeña y Potes (aquí recuerdas al artista Jesús Monasterio). La visión ideológica que el autor canario ofrece de su recorrido cántabro insiste en la emotiva exposición del tiempo histórico pasado- que es tan visible en los palacios y viejas viviendas- hasta el punto de que en las cercanías del río Deva, cuestión que contrapone las resonancias líricas que suscitaba la provincia visitada –el marqués de Santillana Lope de Vega, Quevedo, Calderón de la Barca– frente al aura épica a los don Pelayo que subían desde las tierras asturianas.

La escasa modernización que presentaban los lugares visitados abre una afirmación sobre el comercio marítimo de Comillas cuyos “embarques de calamina dan a Comillas grato aspecto de industrial satisfecho”. Los baños de mar también sugieren un punto de modernización, por ejemplo Cóbreces que “no teniendo bastante con las naranjas, se ha dedicado a explotar la moda balnearia” o los tratamientos de “hidroterapia” que se aplicaban en La Hermida. Pero el

mar y la naturaleza vegetal se levantan como los contrapuntos de esas moderneces. El mar es aludido con fervor en varios momentos como en este de la visita a Santillana:

El mar, que es el mejor y más generoso amigo de la hermosa Cantabria, a quien da por tributo deliciosa frescura y fácil camino para el comercio; el mar de quien Santillana toma su apellido, como la esposa recibe el del esposo, no se digna mirarla ni tampoco dejarse ver de ella.

Y el paisaje natural es el delicioso fondo de muchas localidades y de los caminos que van recorriendo como se lee en la descripción del paso de las Gargantas – que Galdós nombra como “el esófago de La Hermida”- donde los riscos, los árboles y el río pueden crear un lugar de terror:

La vista no puede convencerse de que aquellas ingentes baldosas que se han puesto en pie puedan permanecer así mucho tiempo. Allí el pánico que precede a los grandes desplomes es permanente, y el viajero anda en perpetuo susto, viendo una cordillera suspendida sobre su cráneo.

La entrega final fechada en septiembre de se titula “Basta” y enumera el recorrido de vuelta por el interior de la provincia: Treceño, Cabezón de la Sal, Casar de Periedo, Barcenaciones, Quijas y otros amenos lugares además de citar a los autores de trabajos en los que ha tomado información (O C, 1457b) y singularmente a sus amigos cántabros Pereda y Amós de Escalante, que había publicado en 1871 un libro de asunto santanderino titulado Costas y Montañas que le debió de ser de gran utilidad..

La redacción del este viaje debió de costarle un gran esfuerzo pues en carta que envió a Pereda fechada el 28 de noviembre de 1876 le confiesa que, una vez concluido el Episodio el 7 de julio“ puse mano a Cuarenta leguas por Cantabria, que había empezado ya y que estaba a medias, y no puede usted figurarse lo que he padecido para darle una forma aceptable sin poderlo conseguir (...y) es insoportable cuando es enteramente descriptiva”. Sigue la carta pidiendo ayuda de datos pues había perdido el papel en el que había tomado notas del viaje “y no he tenido más guía que mi flaca memoria” además de agradecer las enmiendas y correcciones que tenga a bien hacerle. La respuesta de Pereda es plenamente elogiosa, especialmente cuando recuerda que “aquello de Santillana no puede tener rival en el género; y sólo son comparables a ello esas deliciosas caricaturas de G. Doré que tanto abundan en una edición de Les Contes Drolatiques de Balzac, con la ventaja sobre estas de que en la de V. se moja, el lector y siente el húmedo contacto del musgo, y el rumor del regato y el de las gentes de otros siglos”.

Las páginas dedicadas a Santillana son las más extensas de esta relación viajera y entre los elogios que el canario hace de diversos edificios y circunstancias

¹⁵.- LAFUENTE FERRARI, Enrique, El Libro de Santillana, Santander, Diputación, 1955, p. 23.

de la localidad, uno de ellos está dedicado a la biblioteca de Casa-Mena “la mejor de toda la Cantabria y una de las más escogidas y bellas de España”. Pero, a pesar del elogio, la pasión solariega explotó en el marqués de Casa-Mena que debió de reaccionar furiosamente contra lo escrito por Galdós por lo que éste comunicaba a Pereda el 27 de marzo de 1877:

Se me olvidó decir a V en mi anterior que el marqués de Casa Mena me ha dado quejas muy amargas porque hablé mal de Santillana en el viaje de las Cuarenta leguas por Cantabria. No esperaba haber ofendido a los santillaneros que sin duda esperan que los viajeros han de ver en aquel puntilloso pueblo un Londres por lo grande, un París por lo bello y una Roma por lo monumental y una Sevilla por lo alegre¹⁶.

PORTUGAL

En la primavera de 1885 Pereda propuso a su buen amigo verificar una visita al país hermano que era Portugal, viaje que Galdós recogió en dos cartas periódicas fechadas la primera en Lisboa el 28 de abril y le segunda en Vigo el 4 de junio de ese año¹⁷. “El que esto escribe deseaba ardientemente conocer a Portugal, pero no siempre se arreglan las acciones a medida de los deseos y Portugal continuaba siendo un misterio para quien había visto y admirado países mucho más distantes del nuestro” (OC., 1619^a-b). En la primera carta Galdós subraya y lamenta la separación de España y Portugal: “Nos espantamos de la escasez de relaciones que entre este reino y el nuestro existen, y no acertamos a comprender esta inmensa distancia moral, intelectual y mercantil que nos separa” (O C, 1618a). Inició en Madrid un viaje de treinta horas en un tren que le trasladó a Cáceres y, desde allí, hasta la estación de Santa Apolonia en Lisboa. La vista de la capital lusitana despertó en el escritor una intensa emoción:

La situación de Lisboa, edificada sobre colinas a la margen derecha del Tajo, es realmente encantadora. Entrando en la ciudad por el tren y la estación de Santa Apolonia, no se la abarca de un golpe de vista como entrando por mar. Puede formarse una idea de tan hermosa aparición dando un paseo en vapor hacia Belem o hacia la orilla izquierda. Lisboa es ante todo un panorama; pero tan espléndido que sólo el de Nápoles o Constantinopla puede comparársele. El pintoresco caserío de la ciudad, interpolado con la verdura de tantas huertas y jardines y extendiéndose en

¹⁶.- Sobre las circunstancias de este viaje ver la edición de Benito Madariaga y su Pérez Galdós. Biografía santanderina, además de las cartas de los años 1876 y 1877 editas en el volumen Benito Pérez Galdós. Correspondencia edición de Alan E. Smith, M^a Ángeles Rodríguez Sánchez y Laurie Lomask, Madrid, Catedra, 2016.

¹⁷.-Este viaje y los de Italia y Stratford se reunieron en el volumen La casa de Shakespeare. Portugal.- De vuelta de Italia. Barcelona, Antonio López Librero (sin año, ¿1890?) 187 pp.

seis o siete kilómetros a lo largo del río forma un conjunto que embelesa la vista y suspende el ánimo. Esta belleza y lo accidentado de su suelo hacen a Lisboa la capital más original de Europa (OC, 1619b).

En su paseo por los alrededores de Lisboa y en la propia ciudad anota “no he visto animación ni alegría por ninguna parte” y observa en la capital falta de grandes cafés; visita calles, el Monasterio de Belem y el Museo de Carrozas. En la segunda carta da noticia sobre su visita a Cintra, al castillo Da Pena, Coimbra, Oporto y varios monasterios. Regresa a España pasando en barca el río Miño para llegar a Tuy y desde allí a Vigo donde concluye el recorrido y fecha su escrito el cuatro de junio de 1885.

ITALIA

Acompañado del diplomático y amigo Antonio Alcalá Galiano el escritor canario emprende una emocionante expedición a Italia que fue publicando como cartas en La Prensa de Buenos Aires (entre noviembre de 1888 y enero de 1889). Además de las evocaciones literarias y la descripción del mundo artístico de las ciudades visitadas insistirá en el espíritu nacional que percibe en las manifestaciones de las gentes del país que en Nápoles había llegado al punto de eliminar la huella española¹⁸. La idea del nuevo Estado italiano es una contribución muy reciente en la que Cavour - reconoce Galdós - ha tenido un papel principal y la idea cuajó ejemplarmente en la conciencia de las gentes:

El poder de una idea lo transformó todo en unos cuantos años. El hecho material se realizó en poco tiempo; pero la idea venía incubándose en la mente italiana desde hace siglos. En todos los poetas de aquel suelo ha sido la unidad una verdadera manía. Desde Dante hasta Leopardi, todos han encontrado en esa lira acentos dignos de Isaías para lamentar el mal inmenso de la desmembración italiana (OC 1628b-1629a).

Los viajeros visitan Roma, Verona, Venecia, Florencia, Padua, Bolonia, Nápoles y Pompeya, lugar este último que trae a Galdós el recuerdo de la muy recién publicada novela de de Bulwer Lytton. En el curso de este viaje se integran todas las características del género “literatura de viajes” que el escritor había ido esmaltando en sus expediciones a otros lugares. Es muy sintomático que contraponga la visión paisajística de las reproducciones gráficas o las guías de turismo con la contemplación directa del viajante como se hace patente en la llegada a Venecia:

¹⁸.-“Los municipios contemporáneos, llevados de un amor propio inexplicable, han intentado borrar las huellas de nuestra dominación, empleando el recurso pueril de variar los nombres de las calles y de cubrir las inscripciones de los monumentos. El pueblo sigue dando a la principal vía de la ciudad el nombre de calle de Toledo, aunque ya oficialmente se llama de Roma” (OC,1654a).

Vámonos ahora de un saltito a la gran Venecia, la ciudad cuya poesía y belleza, a fuerza de generalizarse, han llegado casi al amaneramiento. Así como la mejor música llega a cansar cuando se apoderan de ella los organillos, y así como la gran pintura se desvirtúa cuando se multiplica en cromos y estampas, del mismo modo Venecia, antes de ser vista, se nos figura que ha de aparecer a nuestros ojos desmejorada por la vulgarización excesiva de sus encantos. Y, sin embargo, no sucede así. Por muchas noticias que se tengan de una ciudad y por mucho que se la haya visto pintada, ya en cuadros magníficos, ya en las tapas de las cajas de guantes, siempre la contemplación real de la misma nos hace rectificar ideas e imágenes. El natural da siempre tonos e inflexiones que nadie prevé (OC, 1643a).

La superposición de las culturas pagana y cristiana confiere una tonalidad propia a estos lugares de la Península itálica y lo antiguo vive con la plenitud de lo moderno en un diálogo como el que se da en Roma entre las obras de los artistas, Rafael y Miguel Ángel a vía de ejemplo. La frescura y vitalidad que exhiben las gentes italianas llega a su punto culminante en Nápoles:

Los napolitanos, como nuestros andaluces, son los grandes filósofos de la época presente; toman la vida con calma, viven sin cuidados ni penas pensando poco en el día de mañana (...). Son alegres, afables, hospitalarios, comunicativos, habladores y aparentan hallarse satisfechos de haber nacido en aquel suelo risueño, en el centro del más hermoso panorama que en el mundo existe. Allí, como en todo país donde la vida es fácil y barata, se trabaja poco.

La Naturaleza es la gran colaboradora del hombre. Mentalmente comparo a Nápoles con Manchester, y admirando mucho la industria de la ciudad británica, compadezco a los que viven en ella. ¡Cuán más feliz el napolitano pobre y descuidado que el inglés, reventando de rico, respirando humo y trabajando a la luz del gas en pleno día! (OC 1654b).

En la visita a Roma nuestro autor, gracias a la intervención del embajador Groizard, consiguió audiencia y bendición del Papa León XIII. Y ya en Nápoles, el ascenso al Vesubio fue de ameno regocijo ya que coincidió con un grupo de turistas inglesas, situación sobre la que recuerda que “yo, en inglés chapurreado, les di a entender que en cuestión de cráteres en acción me he quedado satisfecho con uno y gracias”(OC.1691b)

VIAJE A STRATFORD

Galdós estaba viajando a Inglaterra desde 1883 donde lo recibía en Londres su amigo José Alcalá Galiano, representante diplomático de España en la Gran Bretaña y propietario de una casa en Newcastle, lugar en el que Alcalá Galiano y su esposa acogían al amigo de Canarias. Estos viajes fueron suscitados por una carta que Alcalá Galiano había enviado a Galdós en marzo de 1883.

Entonces, para llegar a Inglaterra el escritor embarcó en Santander para dirigirse Londres donde le esperaba el amigo. Allí se alojó en un hotel modesto del centro comercial.cuyo comedor le deparó la contemplación de característicos tipos ingleses, “tipos de los que Dickens nos ha hecho familiares. La raza inglesa es poco sensible a las modificaciones externas impuestas por la civilización”. En las Memorias de un desmemoriado evoca el deambular de los dos amigos por las calles de una ciudad que, comparada con París, era un lugar “disforme, desproporcionado, sin medida en sus bellezas como en sus fealdades, compónenlo arrabales magníficos, rincones deliciosos y longitudes desesperanzantes como ensueños de pesadilla”.

En el capítulo “Nuevos viajes” de las Memorias su ninfa-memoria le recuerda el viaje a Edimburgo, momento en que Galdós cuenta la trágica historia de María Estuardo, y cómo desde allí regresaron a la casa de Alcalá Galiano con el desconuelo para el viajero canario por no haber podido llegar a la región de los Lagos y el Norte de Escocia. Sigue escribiendo en este capítulo que “camino de Inglaterra, me afirmé en la resolución de no demorar mi viaje a Stratford-on-Avon, donde vio la luz el inmenso Shakespeare”. Su acompañante no pudo viajar con él por lo que se dirigió “solito, enterándome de la dirección que debía seguir para llegar a Birmingham” y desde allí consigue llegar a la ciudad de Shakespeare.

De su visita a Stratford escribió una primera versión para La Prensa de Buenos Aires (apareció los días 15-XI-1889 y 3-IV-1890) que, ampliada, dio a la estampa en el diario madrileño El Imparcial (los días 28 de mayo, 4, 11 y 18 de junio de 1894) que fue reunida con otros relatos de viaje en el volumen citado en la nota 17. El viajero y periodista descubre ahora otro paisaje en una “comarca totalmente distinta de la Inglaterra de Birmingham, Manchester y Leeds” y, al llegar a su destino, se hospeda en el “Shakespeare’s Hotel” cuyos cuartos se señalaban con títulos de obras del gran clásico. “El que a mí me tocó se denominaba Love’s Labours Lost y a la derecha mano vi Hamlet, y más allá, en el fondo de un corredor oscuro y siniestro, Macbeth” (OC 1434b).

Al día siguiente y después de haber descansado, puede pisar la villa cuyas calles recorre emocionado pues visita la casa natal de Shakespeare, el Museo adjunto, la casa en la que vivió sus últimos años¹⁹ y la iglesia parroquial en la que, en enterramientos separados, yacen los cadáveres del gran poeta y de su esposa. La descripción del que corresponde al autor admirado es una página modélica de técnica descriptiva:

¹⁹ .”Esta casa de New Place, en la que murió Shakespeare y junto a la que éste había plantado un moral, fue derruida en 1769 por su propietario “sir J. Gastrell, cuyo nombre ha pasado a la posteridad por este acto de salvajismo. (...) La madera del moral fue conservada por algunos industriales que se dieron a fabricar objetos y a expenderlos. Pero el número de baratijas del árbol shakespeariano llegó a ser tan considerable que debemos suponer entró en su confección, no un árbol, sino un bosque entero” (OC, 1437b).

Consta de un sencillo cuerpo arquitectónico, grecorromano, dos columnas sostienen un cornisamento con guardapolvo, que ostenta en el copete las armas de Shakespeare; en el centro del busto, imagen de medio cuerpo y de tamaño natural. A primera vista se tomaría el monumento por una ventana, en la cual estuviera asomada la figura, viéndose de la cintura arriba. Los brazos caen con naturalidad sobre un cojín. La mano derecha tiene una pluma y la izquierda se apoya sobre un papel. El color aplicado a la tallada piedra da a la escultura una viva impresión del natural. La cara es grave, la mirada algo atónita, la expresión noble, la frente majestuosa, el traje sencillo y elegante, ropilla de paño negro y valona sin pliegues (OC 1437b).

Debajo del monumento Galdós lee una inscripción latina y seis versos ingleses que él mismo traduce al castellano: “Detente, pasajero ¿Por qué vas tan aprisa?/ Lee, si puedes, quien es aquel, colocado por la envidiosa muerte/ dentro de ese monumento: Shakespeare, con quien/ la vívida Naturaleza murió; cuyo nombre adorna esta tumba/ mucho más que el mármol, pues cuando él escribió/ supo convertir el arte en mero paje, servidor de su ingenio”. Para añadir una confesión subjetiva tan impresionante como la siguiente:

Resulta una impresión mística, una comunicación espiritual como las que en el orden religioso produce la exaltación devota frente a los misterios sagrados o las reliquias veneradas. El entusiasmo literario y la fanática admiración que las obras de un superior ingenio despiertan en nosotros llegan a tomar en tal sitio y ante aquella tumba el carácter de fervor religioso que aviva nuestra imaginación, sutaliza y trastorna nuestros sentidos, nos lleva a compenetrarnos con el espíritu del ser allí representado, y a sentirle dentro de nosotros mismos, cual si lo absorbiéramos por misteriosa comunión (OC 1438b).

En las Memorias omite lo que ya había escrito sobre “el lugar donde la musa británica engendró a Hamlet, a Macbeth y otras inmortales criaturas” para redactar su vuelta a Londres y su visita a la Abadía de Westminster, de donde evoca los enterramientos de los monarcas, de los sabios (Newton, Darwin) y, singularmente, el “Poets Corner”, un “completo cielo, como nos lo pintan y describen las escrituras dogmáticas” donde encuentra la sepultura de Dickens cuya inscripción le suscita el recuerdo de un santo de mi devoción más viva.

Las cuartillas del viaje a Stratford fueron recogidas también en volúmenes como el impreso en Barcelona en 1895 que recoge también los textos de los viajes a Italia y Portugal además de otra impresión hecha en vida del autor - Memoranda (1906)- que reproduce el relato de un viaje que ha situado al escritor ante un paisaje totalmente distinto del de las grandes ciudades ya que “la impresión de descanso y de paz que trae al ánimo del viajero este ameno y poético rincón de Inglaterra, vale las penas y contrariedades del excéntrico viaje.

Sus últimos viajes perseguían la documentación y conocimiento de lugares en los que situaría el conflicto de algunas de sus obras dramáticas o narrativas:

en 1894 al Pirineo Aragonés que servirá de escenario a Los condenados, (1894), en 1898 al País Vasco para documentar Zumalacárregui (1898), en 1904 a Marruecos para conocer el territorio del que sería el Episodio Aitta Tetauen (1905). De todas formas su pérdida de visión atenuó sus desplazamientos hasta llegar al punto de que desde 1911 se le autorizara médicamente para poder viajar solamente los veranos a Santander.

Para los desplazamientos de largo alcance nuestro autor empleaba todos los medios de transporte que el desarrollo industrial de la época le proporcionaba - el ferrocarril fundamentalmente- y para traslados a través del mar, los vehículos acuáticos. Un vehículo muy especial fue el funicular en el que se montó para subir al Vesubio, una de las atracciones más características de Nápoles que producía a sus habitantes una “lucrativa renta”. La ascensión a la boca del volcán es descrita en términos imaginativos:

Al término de la carretera nos encontramos en la estación del ferrocarril funicular. Aún nos faltan 400 metros, pero estos se salvan en menos de un cuarto de hora dentro de un vagón que arrastrado por un grueso cable asciende a lo largo de un plano de inclinación aterradora. Diríase que le llevan a uno al cielo colgado de un hilo, y que a cada vuelta de las ruedas el planeta se va hundiendo más, dejándonos en mitad del espacio. Al llegar a la estación superior, aún faltan 200 metros, que hay que subir a pie, por senderos bien trazados en la movediza arena gorda (OC 1657b).

La culminación del ascenso por el medio peatonal tiene el equivalente de otros traslados que desde los tiempos remotos se habían realizado en medios de transporte elementales. Es el caso del carromato que usaron los visitantes de Cantabria o de las caballerías, como el asno que le sirvió para subir al castillo Da Pena:

Para salvar la enorme altura del castillo Da Pena es preciso confiarse a la cachaza vigorosa de los borricos de alquiler, que tanto abundan en el pueblo. Es una locomoción cómoda y la única posible en aquellas pendientes. Si se construyera un ferrocarril funicular, la ascensión a Da Pena perdería todo su encanto. Porque no hay nada más grato que subir lentamente y sin cansancio en los lomos de una pacífica cabalgadura, por las bruscas revueltas de aquel camino incomparable, pasando de una sorpresa grata a otra más grata todavía, viendo cómo se va desarrollando el más lindo paisaje que ojos humanos podrían gozar sobre la tierra (OC 1624b).

CARACTERÍSTICAS DEL ESTILO GALDOSIANO EN ESTOS TEXTOS

Galdós en estos artículos de viaje, al igual que sus otros escritos autobiográficos, hace gala de sinceridad en la expresión de sus impresiones y sus gustos, sinceridad que se suma a su sentido del humor como en este comentario que formula en su acceso a Comillas ya que “para entrar en esta villa de los López

y de los cuatro prelados es preciso atravesar el mar en coche. Tranquilizaos: hay un puente de roca a roca, y entre estas mete el Océano uno de sus poderosos brazos”. Otro registro evidente de su expresión sincera reside en la referencias y alusiones que va haciendo de los escritores antiguos y modernos relacionados con los lugares que visita y admira, alguno de los cuales han sido recordados en estas páginas.

Un recurso muy personal y característico es el empleo de su memoria como si fuera un personaje real que le guía y aconseja en sus movimientos y a la que en las Memorias caracteriza como “comúnmente enemiga del método”. En esta última serie, después de evocar los acontecimientos públicos de los que fue testigo en el Madrid de 1868, recuerda cómo volvió a su “huerto literario” con la redacción de La Fontana de Oro y la relación amistosa y profesional que estableció con Albareda el fundador de La Revista de España para añadir que

en mi narración llego a los días en que se apodera de mí el sueño cataléptico, no sé dónde vivo, ni lo que me pasa, ni en qué me ocupo. Para llenar estos vacíos de mi relato evoco mi memoria y le hablo de esta manera: “Memoria mía, mi amada memoria, cuéntame, por Dios, mis actos en aquella época de somnolencia”.-La memoria refunfuña, se despereza y me contesta: “Tontín, ¿has olvidado que escribías artículos de política en La Revista de España, la nueva creación de Albareda? ¿Tan aturdido estás que no te acuerdas de que en La Revista de España publicaste tu segunda novela, El audaz, y que al propio tiempo imprimías en la imprenta de Noguera La Fontana de Oro? (OC1675b).

Las variadas intervenciones del personaje “memoria” confieren a los artículos de los viajes galdosianos un perfil tan personalizado que deberían ser objeto de un estudio monográfico, como ocurre con la incorporación de coloquialismos – por ejemplo, los “Jándalos” mencionados en la visita al Alfoz de Lloredo- además de las abundantes imágenes y metáforas que salpican estas páginas: casas y lugares antiguos vistos como seres envejecidos – Pompeya, por ejemplo, es un “libro viejo”- o las gargantas de la Hermita son descritas como un “esófago”. Tales rasgos de construcción y estilo constituyen, como es bien sabido, caracteres individualizadores de su prosa narrativa.

Los viajes al interior de la Península, como ya se ha recordado, buscaban documentación e, incluso, la vivencia personal de muchos lugares que habrían de ser escenarios de sus invenciones literarias. En estos viajes a la España profunda Toledo fue un punto de referencia para el escritor, y a esta ciudad dedicó la serie “Toledo. Su historia y su leyenda” recogida por Alberto Ghiraldo, en el volumen VIII de su edición de Obras inéditas (1924). La ciudad imperial suscitó los artículos galdosianos en los que la información histórica y artística ocupa la pluma del viajero que añade a la información que va exponiendo las emociones que todo ello le provocaba, además de los ecos literarios que resuenan en la ciudad, como ocurre con La Celestina y el Quijote, pues

aunque los autores de esta curiosa obra no señalaron materialmente el sitio de la acción se conoce bien que el teatro anónimo de tan singulares aventuras es Toledo, centro entonces de la sociedad española. Por lo demás, ¿no están sus calles marcadas aún con el rastro de aquella repugnante bruja? Los barrios de Andaque y San Lucas ¿no conservan aún los infames garitos de Elicia y Areusa? (...) Y, si abandonando las soledades del pueblo os internáis en la parte más bulliciosa, recordaréis su antigua Alcana, centro de comercio de joyas y sederías, donde Cervantes coloca la ingeniosa invención de la compra del manuscrito arábigo (OC.1585a)

Los lugares de la España interior reviven en el viajero el recuerdo de los textos aureoseculares y sus autores, Miguel de Cervantes por modo excelente. Don Quijote y El Toboso son fijaciones literarias de toda la vida del escritor que aún suben a la superficie de los textos en sus últimos años. Por ejemplo, una visita a El Toboso genera el artículo -“Ciudades viejas: El Toboso” publicado en La Esfera (21 y 28, agosto de 1915), texto que reitera para Galdós el trasfondo vital de esas tierras cuajadas de historia épica. Se lo reconocían otros periodistas como el que en una crónica sin firma de un “Lunes” de El Imparcial (28, mayo, 1906) titulada “Galdós por tierras de Castilla” - escribe que el autor canario “ha emprendido una excursión por tierra castellana: Simancas, Medina, Tordesillas, Madrigal, nombres de villas y ciudades que evocan largas y brillantes páginas de nuestra historia”.

Estas vívidas incorporaciones de los viejos lugares a su experiencia personal aproximan al viejo Pérez Galdós hacia programa de trabajos de los jóvenes viajeros noventayochistas en su búsqueda implacable del simbolismo-patriótico que estas tierras exhibían. Galdós consideró estos viajes de los jóvenes como una continuidad de los que él mismo había emprendido y lo afirma en varios textos de los que son sintomáticas las palabras que cierran su prólogo al libro de José María Salaverría, Vieja España (1907):

Para llegar al empleo posible de una acción vigorosa en las próximas disputas internas de la familia hispánica, es menester que Castilla se desembarace de las rutinas que ahogan su pensamiento y recobre la conciencia de su valor territorial. Todos los que hemos peregrinado en las diferentes comarcas peninsulares buscando el contacto directo con el pueblo, conocemos cuán viva subsiste en la raza castellana la nativa penetración, el sentido claro de las cosas, y la sagacidad y agudeza que han dado extensión infinita a los archivos de nuestro lenguaje²⁰

²⁰ .- SALAVERRÍA, José María, Vieja España (Impresión de Castilla), Suc. De Hernando, 1907, p. XXXVI.